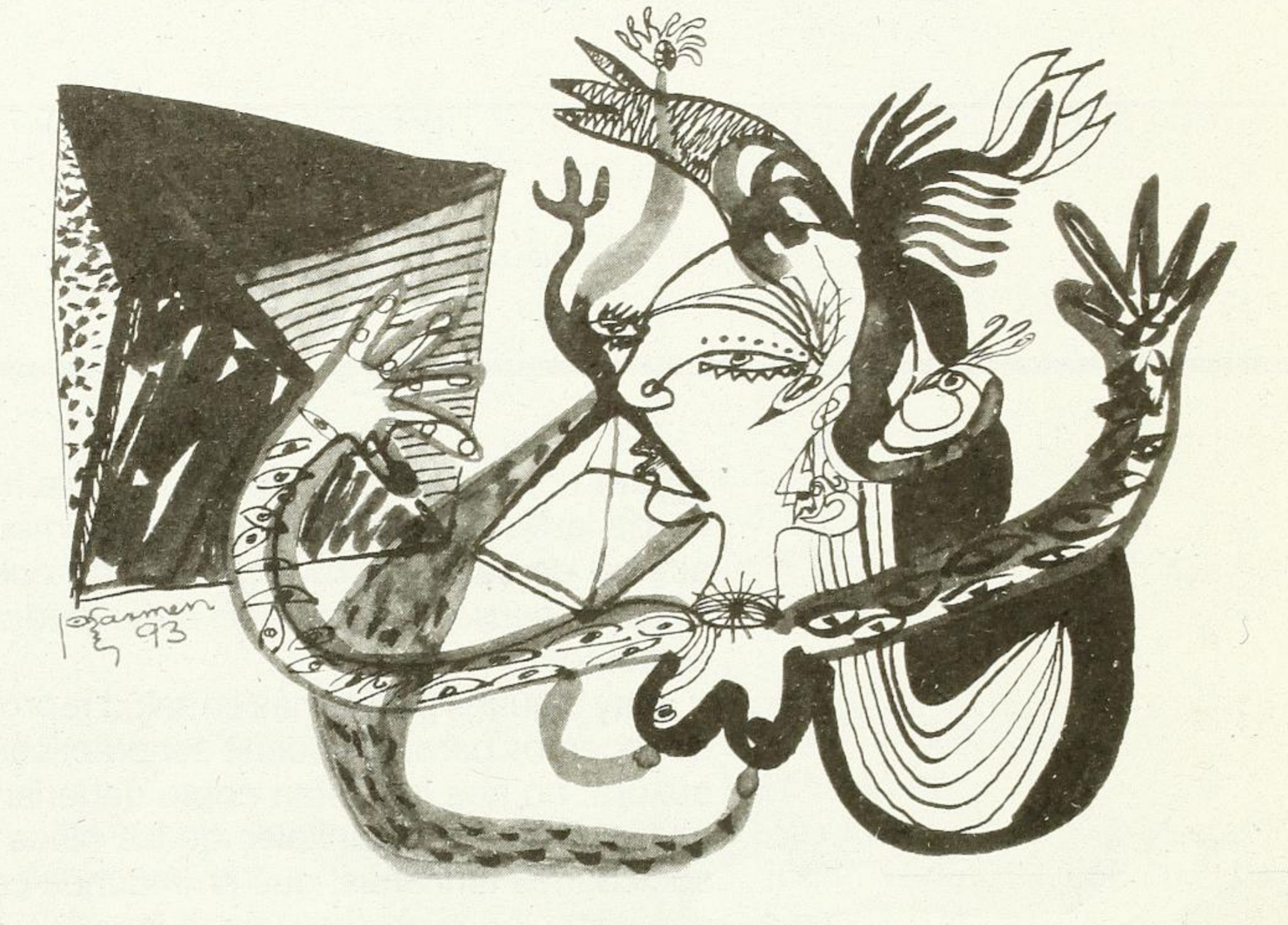
Humana: La Más Bella Palabra

Marcela Lagarde

Este fin de tantas cosas e inicio de tantas otras, las mujeres todavía debemos afirmar la voz y aclarar la conciencia para desterrar de ella los cuentos y los mitos que nos cautivaron al homologarnos a la naturaleza y nos colocaron en una subcategoría de lo humano. Debemos hacerlo para poder afirmar que somos humanas.

El principio ético más radical de la cultura feminista concentra deseos y haceres para construir la humanidad de las mujeres negada todavía.

Hoy más que nunca está entre nosotras el pensamiento recóndito y develador de Rosario Castellanos y este congreso es permeado por su reflexión adolorida y su lúcida desolación en busca de respuesta, al inquirir en su *Meditación en el Umbral*:

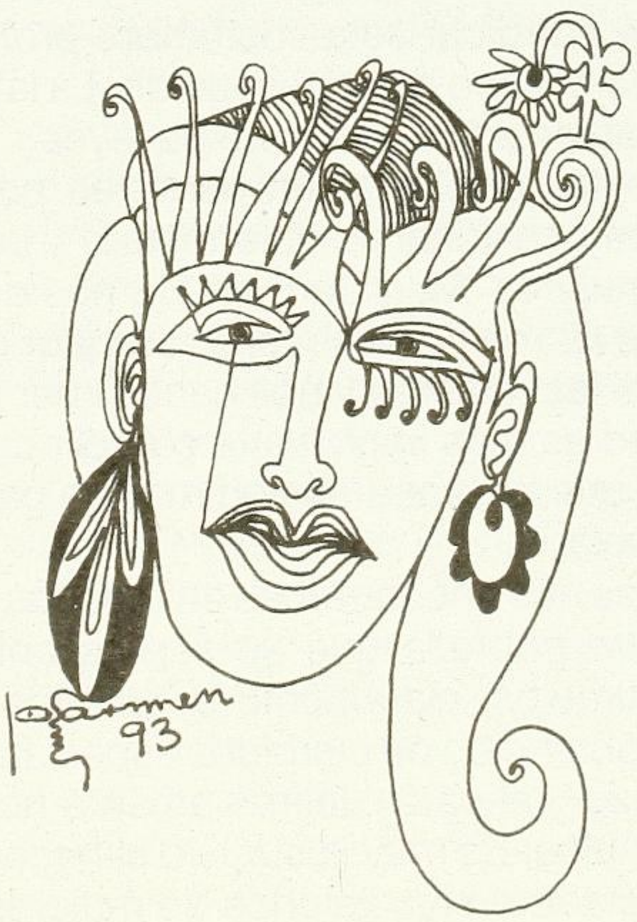


"Debe haber otro modo que no se llame Safo/ ni Mesalina, ni María Egipciaca/ ni Magdalena, ni Clemencia Isaura./ Otro modo de ser humano y libre. Otro modo de ser."

Declarar esta convicción, siquiera imaginarla, ha sido uno de los hechos más transgresores en la historia de las mentalidades. Trascender la naturaleza femenina, preguntarse sobre nuestro sentido, permite otorgarnos significados distintos al de seres inferiores solo apreciadas si cumplimos con los deberes de la sexualidad bajo dominio a la que se nos restringe.

Pero la búsqueda de Rosario Castellanos lleva implícita una parte de la respuesta al ubicar la salida del cautiverio en el ámbito de la libertad, no como un presupuesto, ni como un fin a alcanzar, sino como la mínima condición que permite, con destreza, abrir la experiencia, ampliar el horizonte y salir del recogimiento de la historia.

Podríamos preguntarnos sobre el significado de su *de ser humano y libre*. Y, seguramente responderemos que las mujeres hemos tenido frente a nuestros ávidos ojos de exploradoras y nuestras conciencias de aprendices modelos y experiencias masculinas llamadas *humano y libertad*. Pero, sabemos que su materia y su soporte han sido la expropiación, la violencia y el dominio.



El recorrido más radical de las mujeres en este siglo ha sido desear la libertad y luego descubrir que la libertad enunciada como un hecho universal no corresponde con nuestras necesidades ni con nuestros deseos, porque siempre ha implicado la libertad para unos basada en la dominación y el cautiverio, entre otros, de nosotras.

Así, que caminamos tras las finas huellas de Rosario Castellanos y hoy podemos continuar su último verso y decir que es posible otro modo de ser: humanas. Ya no pretendemos ser humanos. No nos identificamos con lo humano paradigmáticamente ungido. Tal vez, podamos en el camino, identificarnos solo con las mujeres y con los hombres críticos de la enajenación y del dominio. Ya no nos convoca el ofrecimiento de ser humanas pero con defectos y carencias que pueden desaparecer si nos afanamos, si somos ade-

cuadas, y progresamos, como afirman desde la hegemonía, los mitólogos del orden.

La humanidad de las mujeres es una creación, no es un punto de partida, no es una cualidad previa, predeterminada. Cuando afirmamos que los derechos humanos de las mujeres son sistemáticamente violentados, en realidad usamos como referente para ser escuchadas y comprendidas, el mito que avala la creencia en una humanidad definida por esencias que pretenden negar lo evidente: la esencia de la libertad y la esencia de la igualdad. En rigor, al asumirnos como parte de la humanidad así conformada, apelamos a lo inexistente. Pero lo hemos hecho para convencer, para protegernos y para conseguir, con la magia de la palabra, que la libertad y la igualdad sean reales.

Para nosotras, proclamar la humanidad de las mujeres ha permitido reinterpretar la historia vivida y silenciada. Y en ese sentido ser humana es echar una mirada al pasado para construir nuestra memoria.

Pero donde existe ya y con una vitalidad enorme la humanidad de las mujeres es como libertad. Nuestra condición de humanas está en la voluntad de intervenir en nuestras propias vidas y en las vidas de otros con solidaridad. Está en nuestros afanes por desaprender y desconstruir, y en la búsqueda de sentido para nuestros deseos y nuestros quehaceres. Nuestra huella de humanas está en nuestras obras y en los esfuerzos por compartir los bienes del mundo.

Somos humanas en cada paso, en cada afecto, en cada hecho realizado, sentido, pensado, para erradicar la opresión. Somos más humanas que nunca cuando somos libres y protagonizamos nuestra historia personal, nuestra vida íntima y la cotidianidad tanto como la historia colectiva.

Pero no basta con ser humanas, necesitamos ser reconocidas como humanas y lograr que todas podamos serlo siempre.

En el aplastante universo mítico e ideológico hemos sido subsumidas en la humanidad del hombre y convertidas en sombras de los hombres. Se nos propone para ser humanas, vernos y ser reconocidas en la similitud con esos fantasmas o nos llaman a afirmarnos en la diferencia del arquetípico hombre y en nuestra diferencias con los hombres.

Pero, al parecer cada vez es más claro en ese incesante tejido de nuestra identidad de mujeres, que queremos ser y existir en nuestra especificidad, es decir, en el reconocimiento social y político de nuestro género, de las semejanzas como mujeres y en nuestra diversidad de género, en las diferencias entre nosotras.

Somos diversas en el arcoiris de nuestras identidades y condiciones étnicas, expresadas en tantas y tantas lenguas y vividas en tradiciones tan variadas: diversas en opciones eróticas y sexuales.

Somos cada vez más diversas en nuestras profesiones, actividades, oficios y quehaceres. Y, desde luego en la pobreza y en la riqueza. Nuestras particularidades nos hacen abarcar una gama enorme de conocimientos, de sabidurías y de mentalidades.

Y la diversidad del paisaje que nos acoge desértico, urbano, selvático, lacustre o montañoso, está en nuestra variedad, como lo están la choza, el condominio, la vecindad, la casa, el tejaban, la palapa o la calle en que vivimos.

Nuestra diversidad se plasma en una serie de convicciones y de creencias, tan disímbolas como nuestros modos de vivir. Reconocernos diferentes es el camino para identificarnos y convenir acciones positivas entre nosotras.

Queremos mirarnos mujeres y ser miradas mujeres, así en plural, para ser reconocidas en singular, en lo que cada una es, afín y distinta a las otras, única. Para poder serlo, precisamos condiciones de vida que nos permitan dejar de estar limitadas por la particularidad de nuestro género.

La comunidad identitaria entre las mujeres es de hecho, la acción positiva cultural y política que nos da sentido. La condición genérica reconocida y compartida es la argamasa tangible del referente simbólico para una identidad afirmativa, para dejar de encarnar la diferencia o la mitad de una quimera.

Reconocernos como género y lograr que la sociedad nos reconozca como tal, legitima nuestra aspiración a tener derechos y poderes específicos para transitar por el mundo.

Para nosotras esta senda significa cosas muy complicadas. Las mujeres contemporáneas estamos constreñidas por la contradicción entre conquistar los derechos normativos y prácticos a ser lo que somos, pero en las mejores condiciones, ser lo que ya somos pero sin opresión política, sin estar sujetas, subordinadas e inferiorizadas. Y, al

mismo tiempo, lograr las condiciones para dejar de ser lo que somos. Afirmarnos para existir y para negar, para ser de otras maneras. Lograrlo, es el objetivo de emprender acciones positivas concretas que nos reconstituyan como sujetos con la garantía de la libertad política.

Pero el cambio radical está en que no queremos ser lo que ya somos. No queremos una condición de la mujer suavizada. Sabemos que hay contenidos de esa condición genérica, del centro de lo que somos, enajenantes. No los queremos.

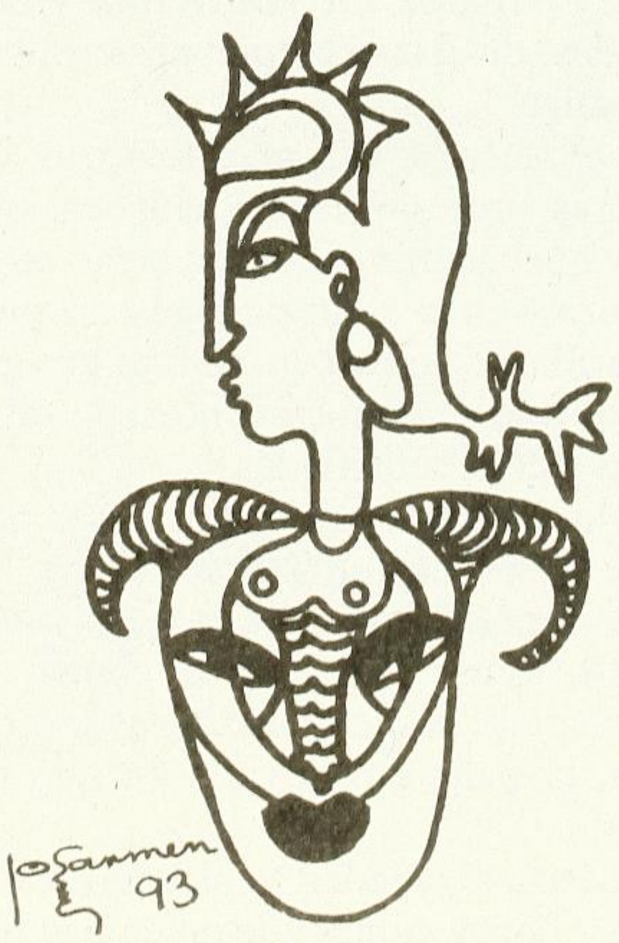
Asumimos en la realización ética de la libertad, de la plenitud y de la completud nos conformamos en humanas y nos identificamos por primera vez en nuestra historia como humanas.

La propuesta de este siglo ha sido llamada de distintas maneras pero el deseo es el mismo: ser humanas. Queremos tener los derechos, las opciones y los recursos para dejar lo que nos enajena y para inventar nuevos modos de ser. La libertad para nosotras radica de manera central en derribar la determinación sexual que se cierne, todavía para millones, como destino natural.

Apropiarnos de nuestros cuerpos conculcados, redefinir nuestra sexualidad y eliminar los vínculos compulsivos, dependientes y en servidumbre con los otros. Derribar los diques y los obstáculos que nos impiden estar presentes en los ámbitos en los que se define la vida.

La categoría humana es una transgresión política que choca por su feminización a quienes no soportan reconocer la existencia específica y no subsumida de las mujeres. Pueden objetar no sólo el lenguaje sino nuestra conciencia con argumentos sobre el bien hablar y el bien decir. No importa.

Humana es la más bella de las palabras de nuestra lengua renovada por el feminismo tanto, como nuestro mundo. Esta voz, humana, expresa una nueva categoría de género distinta de las conocidas: humano, hombre y mujer. Ha sido enunciada por mujeres que



siendo lo que somos deconstruimos y desaprendemos, innovamos y conservamos, creamos, para deliberar nuestras vidas y nuestro mundo.

La palabra humana plasma no sólo la utopía extendida a todas, el deseo fantástico trasladado al futuro, sino el topos, los pasos concretos, los tropiezos, la palabra y el balbuceo, las dudas, los equívocos y lo que firmemente entreveramos; expresa lo que vamos siendo y lo que dejamos de ser, para ser plenamente, para ser en la integridad y en la completud, al tenernos como el sentido principal de nuestras vidas.

En la cultura patriarcal la humanidad de las mujeres está fincada en la desocupación del centro de la vida, en la expropiación del cuerpo y de la subjetividad, y en la apropiación y subordinación de las mujeres reducidas a la sexualidad y a la minoridad. Por eso, cuando somos subsumidas en lo humano, se nos asigna como contenido de vida ser-para-otros y ser-de-otros. Tener a otros como motivo y fin de la propia existencia, aceptarlo en la dominación y conseguir así la felicidad.

Ser humanas, en cambio, significa tener como posibilidad la diversidad de la experiencia y la inclusión de las mujeres como sujeto en una nueva humanidad. Ser humanas, remite a las mujeres a ser-en-el-mundo, sin mediaciones para nacer-en-el-mundo, para convivir y compartir con otras y con otros los afanes por desenajenar la vida y por enriquecerla.

Reparemos nuestro mundo, desconstruyamos los principios de la desigualdad y de la violencia. Hacerlo es prerrequisito para que florezcan en nuestra tierra la voz de las mujeres y las cincuentaitantas lenguas. Sabemos que en el sinfín de sus tonalidades se expresan en este momento los deseos de millones de mujeres y de hombres que queremos iniciar el milenio como pactantes de un nuevo mundo abarcador, acogedor, propio y pródigo.

El nuevo milenio puede ser edificado sobre una nueva ética que ubique la igualdad y la libertad en el ámbito de un compromiso, en el que la integridad y la riqueza sean derecho de cada quien. Sólo si subordinamos la política a la ética, podremos lograr el bienvivir y la paz para cada persona, para cada comunidad, para nuestro amado país, para todas y para todos.